

La Sociedad de la Mascarilla

**Cómo ocultar con éxito los errores de
cálculo social**

Alexandra Pérez Nova

Copyright © 2020 Alexandra Pérez Nova

Todos los derechos reservados

ISBN13: 9798676589950

Tabla de contenido

Un apocalipsis sin libreto	1
Tradiciones para olvidar	1
El conspirador	11
Unilateralmente anormal	17
Virtuales y sin piel	24
Sin un modelo a seguir	29
Wuhan.....	33
Torres Babel & Cia.....	40
Desde un balcón.....	49
Brexit, el telonero.....	52
Verdades a medias	58
Adiós <i>statu quo</i>	63
Al rescate de los principios.....	70
Presiona reinicio, por favor.....	77
El culpable no culpable.....	82
Convenientemente inteligente.....	87
Economía sumergida, muy en el fondo.....	94
Formalizando la vida	99
De predicciones y suspicacias	107
Crisis y oportunidades	116
¿Lobo estás?	123
De teorías conspirativas.....	131
Medèn ágan.....	138
De mariposas y hormigas	145
Forza Bergamo.....	154
Bibliografía	160
El autor	164

Prólogo

El "sombbrero" incluía anteojos y una máscara con una nariz de 15 centímetros en forma de pico, según de Lorme, médico de la corte francesa, "llena de perfume y con dos agujeros, uno a cada lado de las fosas nasales, suficiente para respirar y transportar en el aire que se respira la impresión de las hierbas colocadas en la punta del pico"...Para evitar estos "miasmas", los facultativos de la época llenaban estas máscaras con triaca, una elaboración de más de 55 hierbas, polvo de víbora, canela, mirra y miel.

En realidad, estos trajes y máscaras no eran efectivos para proteger a los galenos (aunque sí contribuían a que fuesen reconocidos a simple vista por todos), y sus métodos tampoco salvaban muchas vidas”.

National Geographic

Introducción

El mundo se declaró en estado de sitio permanente, poniendo en suspenso las garantías constitucionales. Los gobiernos con debilidad institucional, se apresuraron a declarar el estado de emergencia, que les concedía facultades extraordinarias para legislar en favor de la salvaguarda del bien común, con leyes que terminaron por afectar los derechos fundamentales, como la libertad y dignidad de los ciudadanos.

La policía se convirtió en salvaguarda del estado de sitio, justificada en las medidas de contención de la «nueva normalidad» en la que respirar en público, se había convertido en un delito, aún más grave, que cualquiera de los «delitos normales» pre y pospandemia de la delincuencia común.

A los delincuentes, con mascarilla en mano, les resultó fácil reinventarse con nuevos métodos y nuevos espacios que concedía como ventaja el confinamiento físico, social y mental.

La normalidad constitucional dejó de serlo, para darle paso a una nueva normalidad inconstitucional, que restringía la libre movilización y la libertad de expresión. Incluso hacer la compra, pasear por el parque, ir a la playa en compañía de alguien más o celebrar cualquier cosa por insignificante que fuese, eran motivos suficientes para recibir una sanción.

La vida se resumió a una mascarilla, guantes, gel hidroalcohólico y a la soledad del confinamiento; medidas que se justificaban en el intento de detener el avance de un enemigo invisible y que amenazaba la supervivencia de la humanidad.

La productividad del siglo más productivo moderno y avanzado de la historia, se hizo improductividad. La trascendencia de la prisa diaria se hizo intrascendente y los privilegios sociales desaparecieron en medio de calles vacías, de ciudades convertidas en escenarios apocalípticos. Se silenció de golpe el bullicio comercial, enmudeció el ruido de una vida que antes apenas si dormía.

El coronavirus, luego de descubrir que el talón de Aquiles de la humanidad era la economía, se ocultó hábilmente en la prisa de la globalización. Entre tanto, la política internacional que le salvaguardaba como a la niña de los ojos de la sociedad, porque según dice, mueve el mundo, no reparó en la advertencia que representaba el golpe al corazón productivo de Italia. Entre indiferencia e incredulidad se decían: —ya pasará. No le vieron venir, aunque tampoco le quisieron reconocer cuando venía a lo lejos, mientras la Europa de la «calidad de vida» se hundía en la confusión.

Cuando el coronavirus ya hacía presencia en la mayor parte del planeta, los gobiernos se lanzaron a prometer seguridad sanitaria y económica cuál campaña política, mientras se enfrentaban en incomprensibles ataques partidistas con evidente oportunismo político. No importaba cuánta culpa o razón llevarsen, no tenían forma de cumplir la alucinante cascada de promesas y menos evitar que miles fallecieran en las condiciones más absurdas, en el siglo del avance científico y tecnológico, en el siglo de la calidad de vida.

Al paso de las semanas, con los contagios y las muertes en aumento sostenido, la esperanza agonizaba en medio de la falacia de la política internacional, el modelo económico, los discursos populistas y las teorías de conspiración.

Le urgía a la humanidad invocar el espíritu de solidaridad y unidad para sobrevivir a la promesa incumplida de no dejarles morir.